



30 DE MARZO DE 1879

MEDITACIÓN DE LA PASIÓN Y DE LAS HUMILLACIONES DE NUESTRO SEÑOR.

Queridas Hijas:

Quiero decirles hoy breves palabras para aconsejarlas, más que nunca, que continúen meditando la Pasión de nuestro Señor y os pido que la consideren desde el punto de vista de las humillaciones del Salvador.

La naturaleza humana, cosa extraña, rechaza, por así decirlo, más la humillación que el dolor, el sacrificio, los sufrimientos. Parece que el mayor de los dolores humanos es el ser humillado, el ser tenido por nada, el ser abandonado. Nuestro Señor ha querido para sí mismo buscarlas de una manera tan completa, tan extraordinaria, que aquí es necesario detenerse.

A menudo debemos representarnos a nuestro Señor arrastrado por las calles de Jerusalén, tratado como un malhechor y un miserable, cargado de injurias. Hay que ver cómo sus amigos, cobardemente, se alejan de Él, cómo todos, excepto su Santa Madre, se encontraban frente a Él, no diré en un estado de incredulidad, pero sí de duda, de negligencia, de alejamiento.

En seguida hay que pensar en uno mismo. Darnos cuenta de que es por nuestro amor por lo que nuestro Señor ha querido sacrificar absolutamente todo en este momento. Sacrifica los afectos de su corazón. Sufre en su Madre. Sufre la frialdad de sus amigos y su abandono. Sacrifica todas las cosas de la tierra, su reputación, su cuerpo. Ante esta absoluta renuncia conciben los santos el ardiente deseo de sacrificar a Dios todo cuanto tienen.

En realidad, este es el principio de una vocación religiosa, sacrificar todo a Dios y por Dios. Para esto se deja la familia, los amigos, los parientes, su nombre, su fortuna, las aptitudes propias, por el deseo de establecerse en un amor tan puro por Jesucristo, que le sacrifique cualquier otro atractivo, todos los placeres, todas las satisfacciones que pueden encontrarse en este mundo. Particularmente su libertad y toda clase de honores y de amistades.

Pero en un primer momento no se comprende la amplitud de lo que el nuestro Señor pide de nosotras, para establecernos en ese puro amor frente a sí mismo, quiero decir, la fidelidad con la que se debe estar siempre dispuestas a dejar todo, para amar a Jesucristo por encima de todas las cosas, amarle perfectamente, buscarle con la mayor pureza.

Por eso os pido meditar, desde ese punto de vista, la oración de San Ignacio: *Dios mío os ofrezco mi inteligencia, mi voluntad, mi cuerpo*". Sólo se habla de lo que es suyo, y pudiera añadirse: "Me habéis dado todo, mis amigos, cierta posición en el mundo, una vida apacible, la libertad, en fin, *todo me lo habéis dado, os lo ofrezco todo, todo os lo entrego... Siempre que tenga vuestro amor y vuestra gracia, soy bastante rica: ¡Eso me basta!*"

Ahí tenéis la vida religiosa: con tal que se tenga el amor y la gracia, se tiene suficiente riqueza, eso basta. Es también la mejor respuesta a las diversas tentaciones que sobrevienen. Se dice: “Quiero a tal persona... Necesito expansionarme... Siento la necesidad de hablar, de ser amada.” A estas diversas necesidades, que proceden de la naturaleza, hace falta responder: “Si tengo vuestro amor y vuestra gracia, soy suficientemente rica y esto me basta”. Todo lo demás es lo que debe darse a Dios, es lo que se le ofrece, es lo que se le presenta en agradecimiento de lo que nuestro Señor, sin estar obligado, hizo por nosotros.

Nuestro Señor nos ha amado tan plenamente que lo ha dejado todo por nosotros, todo lo ha sacrificado por nosotros. Y os pregunto: ¿Qué somos nosotros, en qué somos dignos del amor de parte de Dios, soberanamente perfecto, bueno, santificante? ¿Si pudiéramos amarle como Él nos ha amado, seríamos grandes santos!

Examinad esto. Se dice pronto. Pero hay que meditarlo ampliamente. Hace falta mucho tiempo para penetrarse del amor que nuestro Señor nos ha demostrado y del amor que quiere recibir de nuestra parte. Hace falta volver sobre uno mismo, desechar todos los obstáculos del corazón para establecerse en el estado del amor puro. La mirada de Jesucristo no se equivoca: ve muy bien lo que hay en nuestro corazón, lo que retenemos. Ve si todavía tenemos ligaduras, si aún nos tienta la libertad, el honor, las criaturas o si, por el contrario, volcamos nuestra alma en Él, verdadera y resueltamente.

Esforcémonos en conseguir de Él, por nuestra generosidad, este bien, que es el mayor de todos, un grande y puro amor hacia nuestro Señor Jesucristo. Este es el gran tesoro. ¡Dichoso quien pueda obtenerlo antes de abandonar este mundo! ¡Quién pueda vivir de este amor puro, qué acciones harían tan hermosas, tan agradables a Dios! ¡Cómo serían santas, cuanto mérito tendrían!

Si hubiese en esta gran ciudad un justo, perfectamente vacío de sí mismo y de las criaturas y teniendo este amor de Dios muy puro, en el que no se mezclara el amor de ninguna otra cosa, de tal modo este amor superara cualquier otro amor, ¿creéis que no conseguiría todo de Dios? ¿No estamos destinadas nosotras a llegar a ser de estos justos?

Es lo mismo que decía San Francisco de Sales: *Si conociera que hubiese en mi corazón una sola fibra que no fuese de Dios y por Dios, al instante la arrancarí.* Esto no ha impedido que San Francisco de Sales haya amado mucho a las personas con las que vivía; tenía tesoros de ternura para todo el mundo, únicamente decía: *Hay que ver siempre al prójimo en el corazón de Jesucristo y no sacarle jamás de allí.* He aquí como tendría tesoros de cariño que pasarían por la ternura, el amor, la caridad, la misericordia, las delicadezas de nuestro Señor.

Nuestro Señor no ha amado a todo el mundo de la misma manera. No se puede amar a todo el mundo lo mismo. En su Pasión tuvo para Magdalena algo especial, por Juan algo especial, por san Pedro algo especial. Derramaba sobre cada uno las gracias que le convenían; pero Él no recibía nada, estaba privado de todo. San Pedro había huido. San Juan se ocupaba más en atender a la Santísima Virgen que en ser un consuelo para Jesucristo. ¿Qué quedaba del Colegio de los apóstoles, de los amigos de Jesucristo, de esos que Él amaba como amigos, para quienes daba con profusión su sangre, su sacrificio y sus gracias? ¿Dónde se quedaron los que habitualmente le rodeaban, para darle un poco de alegría, un consuelo? Es en este sentido en el que debe hacerse el sacrificio de las amistades, incluso las más legítimas, pero conservando, como nuestro Señor, un corazón generoso y fiel, que busca la santificación, el verdadero bien de cada uno de aquellos que le han sido confiados.

No creo que ninguna de entre nosotras esté destinada a ser tratada como lo fue nuestro Señor; sin embargo, en tiempo de persecución, ha habido religiosas detenidas, forzadas a salir de su convento, arrastradas a la cárcel -esto se ha visto en Inglaterra- en medio de silbidos, injurias y malos tratos. Si amaban a Cristo, sus almas se regocijarían. Nuestro Señor Jesucristo, con su cruz, sus dolores, sus humillaciones y su abandono, sería su alegría y su consuelo en aquella tan prolongada soledad del calabozo.

Aunque no estemos destinadas a esto es necesario, por lo menos, establecer en sí misma alguna de estas disposiciones y de estas virtudes. Cuando en la vida ordinaria ocurre alguna cosa que humilla, que es degradante, que despoja, ¿podría ser motivo de gran inquietud para una religiosa? Se piensa que ha obrado mal, ¿qué importa que lo piensen? De nuestro Señor pensaron que era un hipócrita, un malhechor, pero nunca pensarán nada parecido de ninguna de nosotras. Podrán decir: “Esta religiosa es una tonta”. Pero no se dice fácilmente: “Es una malhechora, o es una hipócrita”. No es ante cosas tan enormes cuando una se inquieta. Si se tiene un gran amor a las humillaciones de nuestro Señor, nada podrá inquietarnos. Conservemos en la paz en todo, la tranquilidad, la caridad, el silencio.

El silencio no es cosa fácil porque muchas personas sienten enorme necesidad de hablar, aunque sólo sospechen que se tiene hacia ellas menos estima. Cuando les han dicho algo humillante, o cuando han pensado que se han equivocado en esto o en aquello, es para muchas personas ocasión de grandes explicaciones: nuestro Señor se ha callado. Se ha callado en el dolor, se ha callado en los desprecios, en las injurias, en las humillaciones, en los insultos. ¡Este silencio es el que ha santificado su Pasión! Se podría hablar indefinidamente. Pero es mejor rezar, meditar, quedarse a los pies del santísimo Sacramento para alimentarse con las palabras que están en el Evangelio y tratar de penetrarlas hasta el fondo.